

Queridos amigos, robo un poco de tiempo para intentar plasmar en un papel y unas letras, algo de lo que pasa por este trocito del Reino de los Cielos, donde he tenido la suerte de ser enviado.

Del año pasado quisiera compartir dos experiencias nuevas. Desde hace 15 años el Vicariato tenía una Radio que con el tiempo fue bajando, hace 10 años cayó un rayo y estropeó los equipos, se hizo una reparación "provisional", por falta de presupuesto y hasta ahora. La programación se fue deteriorando y quedó casi abandonada. Después de tres años de insistencia por parte del Obispo, asumimos la parroquia esta emisora, con más miedo que vergüenza, porque nadie sabíamos nada del tema. Pero como dice Santa Teresa, la obediencia remueve todos los obstáculos. Yo transmití la presión a los grupos parroquiales para que entrasen a hacer programas, monseñor me prestó al director de la Radio de Atalaya (otra parroquia) y nos echamos al río. Empezamos por lo más fácil, reparar y repotenciar los equipos. Después vino la participación entusiasta de los grupos y su preparación para enfrentar al micro. Ahora tenemos una radio con buena programación, buena calidad técnica y buena acogida en la población urbana y rural. Queda mucho por mejorar y es una emisora local, pero ya tenemos nuestro enlace en internet: [www.sanfranciscosolano.radio12345.com](http://www.sanfranciscosolano.radio12345.com). Monseñor nos insiste ahora para que traslademos la antena al cerro y se multiplique por cuatro la cobertura en extensión y oyentes. Vamos despacio porque la cosa es mucho más complicada técnica y económicamente. Tenemos una programación variada de 6 am a 8 pm. Participan 8 grupos parroquiales y tres laicos tienen su programa propio diario. Lo que en años no habíamos conseguido, que la gente lea, estudie, se forme, ahora con la radio sale sólo: no pueden enfrentar el micro diciendo cualquier tontería, leen, buscan, preguntan, reflexionan. Aunque sólo fuese por eso ya merecía la pena. Pero además mucha gente lo escucha, sigue la Misa diaria, el rosario y los distintitos programas evangelizadores y culturales. Un señor me dijo: "Padre, desde que funciona la radio, ahora tenemos en el pueblo una voz que nos guía, un maestro que nos enseña". El primer sorprendido soy yo.

La otra experiencia tampoco ha sido buscada por mí directamente. Hay muchas familias que han perdido un hijo o una hija (niño o joven). Esto es una experiencia muy dura y dolorosa: depresión, enfrentamiento con Dios, culpabilidad, separación de los esposos, pérdida del sentido de la vida, despreocupación de los hijos y la familia, etc... En los últimos años, varias personas cercanas de la parroquia han perdido hijos e hijas menores y con la ayuda de Dios han ido, poco a poco, levantando cabeza. Cuando sabía de algún nuevo caso, las llamaba a ellas (siempre las mujeres han sido mucho más fuertes, el "sexo débil"). Iban, escuchaban, lloraban, consolaban y si podían rezaban. Una vez, otra y las que haga falta... De ellas nació la idea de hacer algo estable, reunirse una vez al mes y ayudarse. Yo les decía a todo que sí, pero no tenía ni idea de cómo hacerlo, que decir ... Fue pasando el tiempo hasta que el sacerdote vicario, el p. Joaquín, me insistió con la misma idea. También le dije que sí, pero... Hasta que las señoras dijeron, tal día empezamos, vamos a rezar el Rosario, participamos de la Misa, exposición del Santísimo y luego pasamos a la casa parroquial, vamos a hacer un pequeño tema sobre el duelo y terminamos compartiendo nuestras experiencias. De acuerdo, tienen todas mis bendiciones, adelante. Hicieron su propaganda personal, en las Misas y en la Radio. Ya tienen su programa radial mensual. Llevan varios meses reuniéndose y la experiencia es alentadora. Yo tengo pánico cuando me invitan y me toca hablar ¿qué les voy a decir? Soy un pigmeo a su lado, no se lo que es sufrir, todo lo he tenido a pedir de boca. Soy yo quien debo aprender de ellas. Acabé llorando, rescatado por una señora mayor que me interrumpió para contar su historia. ¡Cuántas cosas buenas haría Dios si le dejásemos!

El final de año, como siempre, intenso (a veces demasiado): Primeras comuniones en el pueblo (5 fechas distintas) y en algunos caseríos; las chocolatadas y entrega de juguetes a niños y ancianos es una experiencia reconfortante por la alegría de los niños, se esponja el alma al ver un niño feliz ¡qué caritas! ¡y por tan poca cosa! ¡Bendito sea Dios! que nos permite dar una alegría a estos niños para que su infancia sea lo que debe ser: cariño, seguridad,



despreocupación, juego y educación. Pero también es una meditación sobre la fugacidad de la vida ¡qué poco duran los juguetes! Y a veces, ¡qué pronto se pelean las mamás! O se ponen celosas por el juguete recibido por el otro niño, ¡hasta por el chocolate que sobra!, o unas ropitas que se reparten ¡La peor pobreza es la humana! Y ¡qué difícil de remediar! Es fácil conseguir comida, más fácil conseguir ropa; en el “primer mundo”, todos quieren darte ropa; pero ¡qué difícil! cambiar la mentalidad de una persona, la manera de ver las cosas, que no sean resentidos, que sean honrados, que no se critiquen, ni envidien, etc ... ¡qué poquita cosa somos! ¡porque poco nos alegramos! Y ¡porque poco nos peleamos! La gran diferencia con los niños es que ellos, enseguida, son capaces de hacer las paces y jugar juntos (si no hay adultos cerca); nosotros nos resentimos, amargamos, disparamos nuestra imaginación y encontramos toda clase de intenciones macabras en los demás subiendo cada vez más el muro que nos divide y olvidando finalmente porqué nos peleamos; pero no estamos dispuestos a dar nuestro brazo a torcer ¡qué me pida perdón! ¿de qué? No importa, que me pida perdón. ¡Qué estúpidos somos! Por eso nos va como nos va. ¡cuántas veces tengo que decir a un adolescente disgustado y defraudado por el mundo! ¡Bienvenido al mundo de los adultos!

Perdón por el paréntesis de predicador. Estaba en los juguetes y ropa por Navidad. La entrada para la Navidad es mi cumpleaños, un derroche de cariño y halagos por parte de la gente, niños y grandes, jóvenes y ancianos, con muchos besos sonoros, como los de mi mamá, otros más pegajosos, pero no con menos cariño. Por un lado siento vergüenza, ¿qué hecho yo para merecer esto? *Siervos inútiles somos y hemos hecho lo que teníamos que hacer.* Me hacen hasta piñata como a los niños y disfruto como ellos. Por otro lado me siento padre en el sentido más amplio y más pleno de la palabra. Quien dice que es antinatural que el sacerdote no tenga hijos, no sabe lo que habla; y menos aún quien piensa que somos unos castrados, o desengañados de la vida.

Como dice Jesús. *Ven y lo verás. El ciento por uno en esta vida en casas y padres e hijos y hermanos y hermanas, y después la vida eterna.* Dios no se deja ganar en generosidad. Este año me daba vergüenza tener tanta comida en la casa. Desde la fiesta de la Inmaculada hasta la Navidad no ha habido un día en el que no haya una o varias tartas en casa, sea por un cumpleaños, una Comunión, o yo que se porqué. Yo decía: Señor tú pasando hambre, frío y soledad, y nosotros aburridos de tanta comida y rodeados por el cariño de la gente. ¿No decías que no es más el siervo que su Señor?



Después de Navidad viene supuestamente las vacaciones, largamente esperadas: Retiro de sacerdotes, que al ser en San Ramón, mi parroquia, es una excelente oportunidad para ejercer el servicio, pero no para hacer retiro. Después dos Semanas Vocacionales en simultaneo; en una cuatro participantes para tres seminaristas y yo; de ellos uno de 25 años, nativo, solicita el ingreso al Preseminario, ahora está aquí conmigo; otro tiene que terminar la carrera de profesor bilingüe. La otra Semana Vocacional van 11 jóvenes, pero no queda ninguno. ¡Qué difícil, Señor! Tanto trabajo, tanto joven y no entran al Seminario. El año pasado ninguno y este uno ¿a dónde vamos?

De vuelta a San Ramón, viene un tiempo bonito con los seminaristas que están de vacaciones, rezamos especialmente por los dos que han acabado los estudios y van a dar su examen de bachillerato, paso final en los estudios para acceder al diaconado. Gracias a Dios y a su estudio, aprueban los dos. El ambiente es encantador hay un ambiente familiar de sana alegría y cariño, fruto de una exigencia interior que busca ser fiel a Dios para poder servir fielmente a su pueblo. Ahí me siento padre y hasta abuelo chocho. No quiere decir que no falten cosas por pulir y corregir que no reniege de vez en cuando, como en toda buena familia y les llame la atención; pero no es con frialdad o cólera, un cariño suave y continuo sube desde el fondo. Gracias Señor por los que me has dado. Se me cae la baba cuando los veo trabajar bien, quererse entre ellos, rezar, ayudarse y como a toda madre, se me cae la baba cuando hablan bien de ellos, mejor, si viene del obispo. También me duele cuando los veo retroceder por miedo o comodidad, cuando buscan tener cosas, aparentar. ¡Todos somos humanos! Entiendo un poquito mejor cómo nos mira Dios.

En noviembre me ofrecí al obispo para ir, con mis tigres (los seminaristas) a arreglar una casa en una parroquia más adentro para unas religiosas que llegaban. Ahora en vacaciones era el momento. ¡En qué lío me he metido! Cómo me gustan los trabajos manuales y soy manitas, disfruté trabajando como un burro. Me llevé a 4 seminaristas. En la mañana oración, desayuno contundente y a trabajar hasta mediodía, raspar, limpiar, tirar paredes, cargar escombros y arena, pintar, carpintería. Almuerzo y tertulia, siesta y al tajo hasta las seis; una



buena ducha, vísperas, Misa (sueño y bostezos incluidos) cena solemne y tertulia de hora. Al final lavada de platos, completas y a dormir que el cuerpo no da para más. Cuando se cumple la voluntad de Dios, uno se siente a gusto en cualquier parte. Me adelanté a los seminaristas para preparar la Semana Vicarial, también en San Ramón, ver algunas cosas de mi parroquia y el trabajo de los seminaristas. Terminaron de pintar la fachada de la catedral, esa que empezamos enchapar el año pasado. Este año terminamos el enchape de la parte superior (también gracias al aporte de mi parroquia en Burgos), a mitad de año pintaron los seminaristas la torre y ahora faltaba una pared calada de la fachada. Además están reparando, lijando y puliendo la glorieta del patio interior de la casa. Como ven son seminaristas “todoterreno”.



La Semana Vicarial siempre es rica en experiencias y vivencias de las distintas personas y parroquias, pero un poco cargada al ser en San Ramón. Nada más acabar alisto cuatro cosas y me voy a Chicago, sí el de los Estados Unidos. Y más de uno se preguntará ¿qué hace un chico como tú en un sitio como este? (También me lo pregunté yo en algún momento). Invitado por un buen amigo, sacerdote peruano, fui a predicar una misión cuaresmal en su parroquia y una jornada de retiro a otra. De paso me he paseado, descansado, leído y gracias a la tecnología, dede allí hice el boletín parroquial y el programa de Semana Santa. Todo muy bien, dos nevadas de antología y la gente latina generosa y encantadora. Quedamos todos encantados. La esposa del diácono permanente está empeñada en llevarme a Méjico para que también les prediqué allí, y dispuesta a pagarme todo. Dios dirá. La gente quedó muy contenta y agradecida. Yo muy sorprendido por la respuesta de la gente. Agradezco a Dios, si a través de este “melón” puede hacer algo bueno y duradero. Aunque no era mi intención, también conseguí ayuda para los seminaristas gracias al p. Elvio, el que me invitó. Los seminaristas, como todo hijo, además de una alegría son un chorro de dinero hasta que salen adelante. Peor es los que se quedan por el camino, que son más de la mitad. Esperamos que algo les quede.

De vuelta a casa tengo la Semana Santa encima y el tiempo me come. Nuevamente hay que preparar los útiles escolares para repartir en los colegios, organizar las catequesis y demás grupos, el cronograma anual, la semana de formación, los retiros y las obras que no hay cuando acabar.

Gracias a todos por su amistad, sus oraciones y cualquier tipo de ayuda que me hacen llegar. Si algo he ido aprendiendo estos años es que nada, absolutamente nada, de lo que recibimos es sólo para nosotros, que todo es para compartir con los demás: los de cerca principalmente y, en la medida de lo posible, los de lejos; y eso es lo que intentamos hacer. Tengo también muy claro que de ello tengo que rendir cuentas a Dios. ¿Qué has hecho con los talentos que te di? Para mí es más fácil porque los tengo aquí, me vienen a tocar las puertas, de la parroquia y de mi vida, los veo sufriendo, con la vida a cuestas, con un aguante a prueba de bombas como el santo Job. Con ellos le pregunto a Dios ¿porqué Señor? Le digo, por favor levanta un poquito tu pie sobre esta pobre señora, esta familia, ¡déjalos respirar! ...y escucho dos respuestas: “para eso te hice a ti” y lee Is 52,13-53,12. ¡Qué misterioso eres Señor! Ahora resulta que esos que más sufren son más amados de ti, están más cerca. Y los que aparentemente estamos en tu casa y todo nos “va bien”, no hemos entendido casi nada y estaremos mucho más lejos, en el único lugar que importa, porque no se acabará nunca. *Hay muchos últimos que serán primeros y muchos primeros que serán los últimos.*

Creo, Señor, pero aumenta mi fe.



Alfonso.